

La materia prima de la utopía

Shabu-Shabu

Cuando Esteban Mantel empezó a cursar la maestría en Economía Social de la Universidad Nacional de General Sarmiento, en 2017, no sabía que ese camino lo llevaría a redescubrir la industria textil. Esteban es diseñador gráfico y trabaja en indumentaria desde hace treinta años. En 1991 empezó a trabajar en diversas compañías como diseñador, jefe de producto y gerente, hasta que, en 2011, creó su propia empresa, dedicada principalmente al diseño, al desarrollo y a la producción de jeans. Pero, con los años, Esteban fue cuestionando cada vez más las dinámicas de la industria: el desgaste de generar cosas nuevas constantemente, el incentivo al consumo desmedido y los problemas sociales asociados a la producción de textiles, entre muchos otros. Esa voz interna, que ya no podía ignorar, lo llevó a dar los primeros pasos con Shabu-Shabu, una marca que existía en los papeles, pero a la que todavía le faltaba adquirir el contenido social y ecológico que la convertiría en pionera en la recuperación de desechos textiles, en un contexto en el que la norma de la industria es el descarte.

La industria textil es la segunda más contaminante del planeta, después de la industria de los combustibles fósiles. Solo en el rubro de la indumentaria, se producen anualmente 62 millones de toneladas de ropa, y seis de cada diez prendas que se fabrican son desechadas antes del primer año de vida. Solo en Argentina, se producen alrededor de 150 millones

de prendas por año que, tarde o temprano, en su gran mayoría van a parar a rellenos sanitarios o a basurales a cielo abierto. Además, la industria está vinculada con grandes problemáticas sociales, como altos niveles de trabajo esclavo, gran cantidad de talleres clandestinos y condiciones laborales precarias a las que frecuentemente se somete a trabajadoras y trabajadores textiles. Estas problemáticas fueron las que motivaron inicialmente a Esteban a aprender sobre economía social y las formas de aplicarla en la práctica. Y no solo se encontró con datos que daban cuenta del colosal impacto socioambiental de la industria, sino también con algo que ya suponía: no se estaban haciendo esfuerzos por revertirlo.

La recuperación de materiales textiles en el mundo está en una etapa muy prematura y en Argentina es prácticamente inexistente. Existen dos grandes orígenes del desperdicio textil: por un lado, los textiles que se descartan después de cierto uso, que van desde pantalones, ropa interior y pañuelos hasta sábanas, toallas y fundas para objetos. Y por el otro, está el scrap industrial, que son los pequeños retazos que sobran luego de cortar la tela para fabricar una prenda. En general, se considera que el 5% de la producción de prendas es scrap. Una pequeña parte de este scrap se recupera y se utiliza para fabricar textiles de menor calidad, como trapos de piso. Pero las estimaciones más

optimistas indican que se recupera menos del 15% de todo el scrap que genera la industria. Al encontrarse con este panorama, Esteban empezó a investigar en qué consistía cada paso del circuito de recuperación de este material y a pensar en nuevos circuitos industriales alineados a un concepto que poco a poco se transformó en su campo de estudio: la economía circular.

«Primero empecé con el desarrollo técnico», cuenta Esteban. «Y mientras avanzaba con mis investigaciones teóricas, comencé a ver qué se podía hacer con todo ese material». Así fue que comenzó un trabajo de campo que lo llevó a entrevistarse con industriales, recorrer plantas de recuperación de textiles, conocer a cooperativas de recicladores urbanos y visitar las fábricas en donde se producen los trapos a partir del scrap. «Visitando una de estas fábricas, me encontré con que allí elaboraban un hilo que usan para hacer cosas como cordones para zapatillas o hoodies, accesorios de moda o incluso medias». En general, no se dice en voz alta que estos productos se fabrican con materiales recuperados, ya que serían percibidos como de menor calidad. Y, en efecto, lo son: es un hecho físico que cualquier material va perdiendo calidad tras el uso y el procesamiento. Pero este hilo fue para Esteban el punto de partida para comenzar a desarrollar, no solo el producto de Shabu-Shabu, sino el diseño de todo el circuito de producción y comercialización asociado.

Antes de descubrir este hilo, Esteban se había sentado con grandes industriales de la indumentaria para plantearles la idea de generar un producto realizado enteramente a partir de materiales recuperados. Y si bien todos se habían manifestado interesados en la idea, las respuestas fueron evasivas: no tenían el tiempo ni la capacidad para hacerlo. De modo que, cuando encontró ese hilo,

Esteban volvió a llamarlos: «Necesito tiempo, máquinas y horas humanas para desarrollar un material a partir de este hilo». El hilo era apenas la punta del ovillo; necesitaba un desarrollo posterior para generar telas de la más alta calidad posible. Y logró convencer a cuatro empresas para que le dieran los recursos que necesitaba para llevar adelante ese desarrollo. «Entonces empezó un período de un año y medio de experimentos, idas y venidas, pruebas que no servían», recuerda Esteban. Shabu-Shabu, que hasta ese momento solo existía en los papeles, como un proyecto, empezaba a tomar forma material.

Tras ese año y medio en el que Esteban dedicó gran parte de su tiempo al desarrollo de Shabu-Shabu, logró llegar al resultado que estaba buscando. A diferencia de lo que hace la industria de los trapos –que procesa los materiales para generar un producto de baja calidad y escasa vida útil–, Esteban logró desarrollar un producto de alta calidad, que es, básicamente, una mezcla. Un tejido plano se forma a partir de una cadena o urdimbre, que es el conjunto de hilos longitudinales que se mantienen en tensión, y una trama, que son los hilos transversales que cruzan la cadena. Esteban comenzó a intercalar ese hilo en cadenas existentes y logró desarrollar una tela elaborada con un 40% de material recuperado muy similar en resistencia a uno nuevo. Teniendo en cuenta que en la industria textil internacional, el estándar para esta clase de tejidos es de entre un 10 y un 15% de material recuperado, y que en Argentina ni siquiera existían, aquel era todo un logro. Con este resultado, Esteban fue a tocar las puertas del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) y así lograron desarrollar un tejido elaborado en su totalidad con material recuperado.

Shabu-Shabu tiene todo un catálogo de textiles que van desde denims hasta jerseys y

gabardinas, todas elaboradas con el mismo material. Además, tiene una línea de productos, como jeans, remeras, camisas y otras prendas. Todo este desarrollo técnico se realizó en el marco de un gran diseño, que va mucho más allá de lo que es el diseño de una prenda o de un tipo de estética. «No existe economía circular sin diseño. Porque no solo el producto está diseñado bajo esa perspectiva, sino todo el modelo de negocios», dice Esteban. Shabu-Shabu no solamente utiliza el scrap industrial, sino que también propone generar un circuito de recuperación posconsumo, en el que las prendas usadas sean recuperadas, procesadas y reincorporadas a la industria. De este modo, además de poner en valor los materiales de descarte, también genera un ciclo de uso continuo, circular, a partir del diseño de productos fabricados para su reutilización.

La cuestión del posconsumo es un eje medular de Shabu-Shabu y su modelo circular. Hoy en día, hay industrias de recuperación de materiales, como cartón y PET, ampliamente consolidadas. Pero no sucede lo mismo en el caso de los textiles. Esteban sabía que había que crear esa industria y el primer paso fue investigar cómo funcionaban las ya existentes. «Empecé a estudiar el increíble impacto ambiental de las organizaciones de recuperadores urbanos. Ellos son los grandes actores de la economía circular y son quienes garantizan la capilaridad necesaria para la recuperación de los materiales». Estas organizaciones trabajan como intermediarias entre dos grandes extremos del proceso productivo: los generadores de residuos y los compradores. Las cooperativas de recicladores recuperan el material de descarte, lo clasifican y lo procesan para convertirlo en una materia prima que pueda ser reutilizada por la industria. Para eso, usan tecnologías propias, locales, desarrolladas por ellas

mismas y adaptadas a las necesidades y realidades de los territorios donde trabajan. Y con esto cumplen con otro eje de la economía circular: los materiales son recuperados en el mismo territorio donde se originan. «Porque, ¿qué economía circular exporta e importa desperdicios?».

Esteban conversó con cooperativas de recicladores urbanos que le confirmaron la razón por la que no existe una industria de recuperación de textiles en Argentina: no hay quien compre el material. Las cooperativas de recicladores tienen la disposición y la capacidad para recuperar textiles, pero para que lo puedan hacer deben tener compradores. Y ese es el gran desafío, que excede por mucho a Shabu-Shabu, ya que requiere del involucramiento de otros dos actores fundamentales: las grandes empresas y el Estado. Las grandes empresas, que son las generadoras de residuos, son a la vez las que tienen la capacidad para comprarles a las cooperativas el material recuperado que se convierta en la materia prima para fabricar nuevos productos. Y el Estado, a su vez, tiene la capacidad de crear y regular el circuito circular a través de políticas públicas. «La economía circular es una mesa de tres patas», dice Esteban. «Para que haya escala, impacto ambiental, mercado y trabajo de calidad, tienen que estar presentes las organizaciones de recicladores, las empresas privadas y el Estado».

En febrero de 2020, Shabu-Shabu ganó el segundo premio del Desafío Buenos Aires Resiliente y obtuvo un capital semilla para continuar su desarrollo. Pero, sobre todo, fue reconocida como un pilar fundamental para la economía circular y la resiliencia urbana, ya que, además de ser una propuesta innovadora, se centra en una industria que tiene un impacto ambiental negativo enorme y que todavía no ha desarrollado estrategias para mitigarlo.

Esteban es consciente de que el contexto es adverso; los grandes actores todavía son reticentes al cambio. Pero cuando empezó este camino, tampoco sabía que era posible recuperar la totalidad de los residuos textiles y, tras dos años de desarrollo, demostró que lo es. Ahora, el horizonte inmediato es posicionar el material y lograr que sea reconocido y tomado por las grandes empresas para la elaboración de productos de alta calidad.

Shabu-Shabu nació como marca hace más de cinco años, pero cobró sentido gracias a la investigación de Esteban en economía circular. «Shabu-Shabu es un modo de cocción de origen japonés, en el que los comensales van a un restaurante y, en vez de servirles la comida

hecha, les dan los ingredientes frescos. Entonces, la gente trabaja en su propia comida, y mientras come, también cocina. Me pareció una linda metáfora para reflejar que el consumo no está separado de la producción. Las y los consumidores, a la vez que consumimos, estamos produciendo». Desde esta perspectiva, el descarte es un producto. El concepto de Shabu-Shabu sintetiza el sueño de Esteban: que haya una industria de recuperación de textiles, con separación en origen, con campañas de sensibilización y grandes empresas asumiendo la responsabilidad de utilizar los materiales recuperados. «Yo creo que es posible desde la utopía más pura. Porque también aprendí que las utopías son lo que nos mueve».

